

JUEGO DE LEALTADES

La pipa seguía clavada en mi frente.

Estaba fría. Muy fría. Pero no tanto como los ojos del cabrón que la empuñaba. No dudé ni un segundo que apretaría el gatillo con toda tranquilidad, sin arrepentimiento alguno.

Y lo que había debajo de ese cañón era mi cerebro. Las cosas no estaban saliendo como habíamos planeado.

Era en una nave abandonada. No sé. Algún pabellón descuartizado en cualquier orilla de la Ría, rodeados de polígonos desiertos y escorias industriales apelotonadas en las aceras. Cada movimiento, cada chasquido de la lengua nerviosa del pistolero, cada paso reflexivo del otro, del pavo de abrigo negro y sobredosis de gomina, rebotaba en las paredes desnudas, salpicaba un eco que recorría la estancia apagándose y renaciendo en cada esquina.

Todo evocaba dejadez. Y soledad.

Nadie que pudiera ayudarme.

Y lo sabían. Jugaban sobre seguro a un juego que conocían, que dominaban como maestros, un juego con el que disfrutaban. Mi mayor temor era, ¿cuánto esperaban disfrutar?

El “gominas” se decidió, por fin, a interrogarme. Había visto muchas pelis de malos, y sabía interpretar su papel. El rostro desagradable cubierto por la humareda densa de un cigarro maloliente, la cabeza ligeramente ladeada, una ronquera artificial arrastrando sus palabras. Fue tan breve como directo, tan conciso como sosegado. Y hablé, claro que hablé. Lo largué todo, sin importarme una mierda las consecuencias, incapaz de pensar en nada que no fuera mi propia supervivencia. Al fin y al cabo, si me mataban, ¿qué coño importaba lo que quedara detrás? Y si, gracias a mi afilado torrente de palabras entrecortadas salía con vida de ésta... bueno, lo lamento, pero la vida es dura. Así que conté todo, delaté sin tapujos a Miren y Alberto, les expliqué dónde se escondían, donde guardaban la mierda, cómo había sido la jugada. Me escuchó con interés, sin alterar el gesto extraño de sus labios agrietados, sopesando con calma la sinceridad de mis argumentos.

Parece que le convencí. Al menos de momento. Algo susurró al otro, antes de desaparecer sin ruido tras el óxido de la puerta. El gorila se relajó un poco, guardó el arma en la sobaquera, y se sentó abanicándose despreocupado con un periódico amarilleado.

Bueno. Los dos solos, en aquella inmensidad hueca. Sin más ruidos que los camiones machacando con aburrimiento la carretera del puerto, y

esporádicos golpes que, nacidos del astillero, resonaban, bruscos, cortantes, en la cavidad aún estremecida donde duermen mis neuronas. Podía esperar, acechar con disimulo al gigantón, buscar un resquicio, una distracción, y salir por patas. Claro. El único problema era la cuerda que aferraba mis muñecas a la silla. Un detalle insignificante.

El tiempo pasaba muy despacio. Los brazos me dolían, y una especie de angustia fatalista se filtraba sin prisa por mis poros sudados. Fuera, tras los vidrios mugrientos, el sol declinaba y una penumbra inquietante comenzó a reptar por las paredes, arrastrarse por el suelo camino de donde, sin futuro ni expectativas, esperaba. Entonces regresó “gominas”.

No parecía muy contento. Algo extraño, pensé, porque a su lado, la pistola adherida a las costillas, caminaba una Miren entre arrogante y temerosa. Me escupió una de esas miradas de desprecio, de superioridad, con la que daba a entender que ella jamás hubiera delatado a un compañero. No me importó. Apenas a unas horas de la muerte, esa teatralidad barata resultaba bastante aburrida.

A un gesto de “gominas”, el pistolero abandonó el diario y se acercó a ella. Con la profesionalidad que ya conocía, ató sus muñecas a la espalda, la empujó contra la pared y desabrochó su blusa. Miren le dejaba hacer sin defenderse, luchando por mantener firme la mirada, clavados los ojos anegados en el rostro pétreo de sus verdugos. Aunque los años lejanos en que llegué a estar bastante colgado de esa diosa de cera y heroína estaban

enterrados en algún lugar inalcanzable de mi cerebro, al verla así, afrontando a sus captores con la barbilla erguida, ajena a su semi desnudez, pensé que nunca había sido más bonita. Parpadeé con fuerza, sacudí la cabeza y regresé al mundo real. No me convenía pensar esas cosas.

“Gominas” se acercó sin prisa a la mujer. A éste, la teatralidad no le aburría. Le fascinaba. Si el gorilón era un profesional, un mercenario bien enseñado, el “gominas” se creía un artista. Cerca, muy cerca de ella, disfrutó unos segundos contemplando los temblores que su dignidad marchita no conseguía camuflar. Del bolsillo extrajo una navaja que acarició con delicadeza. Sin una palabra, cortó el sujetador. Sus pechos, rotundos, erguidos, emergieron en todo su esplendor. Después de tantas jornadas espiándola en secreto, escrutando desde mi altura el balcón de su escote, ahora, por fin, tenía la posibilidad de disfrutar del espectáculo. Pero no me gustaba. No me gustaba nada.

“Gominas” chasqueó los labios, sonrió (sé que sonrió, aunque me daba la espalda), y oprimió con fuerza uno de los pezones. De la boca de Miren no salió ni un quejido. Una vez más quedé maravillado de su fuerza, de su fidelidad. De su estupidez. “Gominas” estiró hasta que el pezón se dilató a límites casi inconcebibles, antes de interrogar con esa voz cavernosa sacada de cualquier película infecta.

-“¿Vas a decirnos dónde está tu amigo?”-

-“¡Qué te den por culo, cabrón!”- escupió con desprecio. Debía estar muy colocada para no ser consciente del siguiente paso.

-“Bueno, cariño”- “gominas” acercó la navaja hasta el pezón, lo acarició en forma circular, y hundió el filo apenas unos milímetros en ese nudo de terminaciones nerviosas. Miren no pudo evitar un gemido –“No quisiera cargarme estas tetas, pero si no hablas ahora, jugaremos a las canicas con tus pezones. ¿Dónde está ese cabrón? ¿Dónde está la mercancía?”-

Silencio. Unos segundos de silencio, de calma eléctrica. El gorila aguardaba cruzados los brazos. “Gominas” paladeaba el momento, disfrutando con un sadismo apenas disimulado. El rostro de Miren se descomponía, su gesto altivo desaparecía para dar paso al miedo, al dolor. Yo..., bueno, yo me estaba meando.

-“¡Espera!” – Miren suspiró, jadeó sudorosa, temblores inundando su piel blanquecina. –“Suéltame. Te lo diré”-.

Sonrió (seguía sin verle el rostro, pero sonrió), y liberó el pecho oprimido. La tensión que flotaba en el ambiente, partículas de polvo buceando en los haces de luz, disminuyó un poco. “Gominas” guardó la navaja, satisfecho. El “pistolas” emitió un sonido extraño, algo así como un gruñido de afirmación. Y entonces Miren demostró que la había subestimado al considerarla estúpida. ¡Esa mujer era rematadamente tonta! Aprovechando el mínimo respiro que la situación permitía, tomó aire y estampó sus afiladas

camperas de macarra en la entrepierna del mafioso. Sorprendido e, intuyo, dolorido, “gominas” se inclinó, retrocedió, y tropezó con el “pistolas”. Así las cosas, ambos chocaron con mi silla y se derrumbaron sobre mi indefensa anatomía. Miren salió a toda leche, claro, pero con lo poco que tardaron en incorporarse y correr tras ella, no creo tuviera tiempo de alejarse demasiado. De todas formas, no se me pasó por la cabeza quedarme a comprobarlo.

Vencida por el peso de semejantes berracos, la silla había cedido y, sin esperarlo, me encontraba en una situación inmejorable. Solo, en el suelo, ligeras magulladuras en la piel, algún miembro más aplastado de lo que debiera, y las ataduras colgando flácidas de un trozo de astilla. Me incorporé sin ruido, atento al sonido de carreras y gritos que se perdía en la lejanía y, tomando la dirección contraria, salí a la calle.

Fuera, la noche había descendido con prudencia al paisaje decadente de la ciudad. Las siluetas de buques a medio construir flotaban con abandono sobre las aguas putrefactas, las grúas callaban mirando al suelo, y esporádicos vehículos barrían con su haz de luz la carretera mal remendada. Forzar uno de los que descansaban en la acera, e improvisar un puente chapucero fue un juego de niños. Más delicado fue detenerme a mear contra una pared, dejar correr esos segundos en los que pierdes la visión de lo que te rodea y, las manos ocupadas en quehaceres importantes, te sientes desvalido.

Aceleré con rabia, descargando en el pedal mi exceso de adrenalina. Ahora, libre y a la fuga, pareciera que mi cuerpo recuperaba sensaciones

nacidas en horas precedentes. Las sienes me palpitaban, chorretones de sudor rodaban desde mis axilas, inundando el interior del vehículo con el nauseabundo olor del miedo, y las manos comenzaron a temblarme en el momento más inoportuno. Tragué saliva, comencé a silbar entre dientes una de Mecano (¡sí, Mecano! ¿Qué coño pasa?), y, poco a poco, me fui tranquilizando. Pensé en Miren, en su heroísmo, en el destino que la esperaba en garras de esa pareja de sádicos. Por momentos me sentí tentado a frenar, tentado a retroceder, empotrar el vehículo contra las puertas y ascender, armado de decisión, las escaleras, enfrentar el peligro y rescatar a la mujer que, sin quererlo, había propiciado mi huida. Bueno, vale. Lo reconozco. Todo esto lo estoy diciendo para no causar tan mala impresión. En realidad, semejante gilipollez no se pasó ni un segundo por mi mente. La tía estaba loca. ¡Qué se joda!

No. Lo único importante era poner tierra de por medio. Sabía cuánta gente podían movilizar esos pájaros en muy poco tiempo. No eran cuatro y un tambor, no. Tenía que hacer las cosas muy bien. Y muy lejos. Para eso, lo único que necesitaba era pasta. Visto el pequeño drama recién interpretado ante mis narices, era obvio que la coca seguía en manos de Alberto.

¿Dónde se había metido? Bajo los focos de las escasas farolas que salpicaban el camino, el retrovisor reflejó el brillo fugaz que afloró a mis ojos. Si el tío era listo (y lo era, claro que lo era) se habría escondido en algún lugar desconocido para todos, desconocido para Miren, víctima segura de algún tipo de tortura que la haría largar con la facilidad con que lo había hecho yo unas

horas antes. Y solo había un sitio que su novia de los últimos años no hubiera violado con su sexualidad arrolladora, con su dependencia química: la chabola de papá.

Aparqué a distancia suficiente para no ser descubierto, y me aproximé sin ruido. Rodeada de escorias industriales, adosada en un equilibrio más bien precario al viejo desguace, el chamizo donde el viejo pasaba las horas lo más alejado posible de su mujer seguía intacto, las mismas uralitas roñosas atadas con alambres, la misma puerta robada de una obra encadenada a un roído poste telefónico. Hasta allí nos escapábamos de niños, cuando ni la escuela ni la vieja eran atractivo suficiente para nosotros. Perdidos en su barriga de hojalata, disfrutábamos enredados en pegajosas revistas porno, botellas de ginebra a medio vaciar, radios de coche destrozadas o decenas de cajetillas de Ducados mal impresas. Obviamente, Alberto nunca había llevado allí a Miren. Bueno. La ventaja de trabajar con tu hermano pequeño es que, si te la quiere jugar, va a tener difícil esconderse.

La puerta estaba abierta. Bueno, estaba cerrada, pero el candado estaba abierto, ya me entendéis. Dentro, una luz vacilante vagaba de un lado a otro con nerviosismo mal disimulado. No pude evitar una sonrisa. Listo, mi hermano era un rato listo. Tan listo como cobarde. Abrí la puerta y me planté ante él.

No se cagó en los pantalones de milagro. La linterna resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo, dibujando contornos polvorientos de matices

espectrales. Alberto miraba asustado, como un conejo agazapado en su jaula, indagando desde la profundidad de unas pupilas nubladas por el terror si mis intenciones eran pacíficas o, más bien, reventar su cráneo era una de mis prioridades. Yo no. Yo solo veía la bolsa, ese trozo de tela sucia que asomaba por su boca desdentada enormes fajos de billetes morados y amarillos. ¡El muy cabrón había vendido la mierda!

Ninguno habló. Él permanecía acurrucado, refugiado en el fondo de la caseta, mirando a ningún lugar. Yo hacía mis cálculos mentales, tratando de hilvanar de alguna manera los pasos seguidos por este bastardo antes de llegar al momento actual. Una mercancía así no se vende en un par de horas, eso lo sabe todo el mundo. Hace falta tiempo. Hacen falta contactos, paciencia, capacidad de negociación, más paciencia. Días. Quizá, para hacer bien las cosas, semanas. Y más aún si tenemos en cuenta que habíamos dado por culo a nuestros enlaces de siempre para quedarnos el total del negocio. Sí. El silencio en aquel garito mugriento, rodeados de chatarras oxidadas por largos años y las revistas decrépitas del viejo, era espeso, denso. Alberto tragó saliva, y ese sonido insignificante retumbó en la ínfima inmensidad del escondite como el estallido de una bomba. El tictac de mi reloj de pulsera marcaba los tiempos, el paso aburrido de los segundos, mientras medíamos nuestras fuerzas, las posibilidades de cada cual en una batalla épica, armados de tubos herrumbrosos o cristales desgajados.

No había sido casualidad. En la gasolinera, cuando el Mercedes de los sicarios se detuvo tras mi ciento veintisiete, maldije a la puta fortuna, a ese dios

borracho que maneja los hilos del azar, por hacerme esta cabronada una vez superada la fase más compleja de la operación. Ni por un momento se me ocurrió que no fue cosa de mala suerte. Pero no solo me la había jugado a mí. Después de delatarme, sabiendo que no disponía de mucho tiempo, se había largado a alguna cita convenida de antemano, a cambiar la droga por esos billetes obscenos. Y al muy hijo de puta se le había olvidado llevarse con él a la que, decía, era su media naranja. Era fácil imaginarlo: Miren recostada en el camastro, devorándole con ojos febriles, mientras, desde la puerta, él devuelve un beso sonriente, una caricia imaginada con la que soñar en espera de su regreso. Lo jodido es que el muy cabrón sabía perfectamente quiénes iban a ser los siguientes en atravesar la puta puerta.

Alberto señaló la bolsa. La mano le temblaba, como temblaba su voz aguardentosa cuando habló, cuando escupió, en un susurro inaudible, su propuesta.

-“Mira. Aquí hay de sobra para vivir el resto de nuestras vidas sin dar un palo al agua. Podemos comprar una casa en cualquier país de América, y borrarnos para siempre. Hay para los dos, no hace falta que nos hostiemos por ella”-.

Tenía razón, desde luego. Un vuelo, una casita escondida en alguna playa recóndita, birras, putas y no menear un dedo en la vida. Sí. Había de sobra para los dos. Sonreí. Lo que no dije fue que las hostias le iban a caer por venderme, por entregarme a esos asesinos de mierda, por traicionar a quienes

habíamos hecho la mayor parte del trabajo. Afirmé sin palabras. Ahora, lo importante, era esfumarse. Le recordaría todo esto más adelante, cuando estuviéramos perdidos en ese paraíso ficticio, y nada ni nadie pudiera escuchar sus gritos de agonía.

Así que cerramos la bolsa y salimos. El coche robado esperaba al otro lado de la chatarrería, durmiendo entre congéneres descuartizados y gigantescas máquinas arrancadas de un pleistoceno industrial, cuando los hornos altos aún vomitaban escoria ante nuestras miradas infantiles. Bueno. Los tiempos habían cambiado, los hornos se habían reducido a unos tubos olvidados que se deshacían corroídos por la mugre, y nosotros hacía años que dejamos de trapichear costo, a la espera de este momento, del golpe definitivo. Poseído de una euforia tan fugaz como desbordada, llegué incluso a olvidar por un momento al imbécil de mi hermano. Fue entonces cuando se hizo la luz.

Nos detuvimos. Creo que jamás he recibido una impresión tan fuerte, un golpe tan demoledor. Ni cuando se me acercaron en la gasolinera y, con toda amabilidad, me invitaron a acompañarles. No. Entonces estaba alerta, mis sentidos pendientes de cada rincón, consciente que todo se podía joder en un minuto. Pero ahora, cuando ya acariciaba el triunfo, cuando las olas del Caribe rompían melosas a los pies de mi imaginación, los focos del Mercedes iluminándonos de frente hicieron nacer en mis testículos una bola de hielo, una bola que ascendió directa hasta el cerebro aturdido. Tres siluetas recortadas por el brillo de los halógenos esperaban.

Deslumbrado, guiñando los ojos, reconocí perfectamente las figuras teatrales del “pistolas” y de “gominas”. Me costó más ubicar la tercera. Tenía algo familiar, sí. Más pequeña que las otras dos, delgada, se movía hacia nosotros despacio, un arma demasiado grande entre sus manos, paladeando el momento como el gato que ha conseguido acorralar al ratón. Todavía estaba intentando ubicarla en el extraño puzzle de las últimas semanas cuando alzó el brazo y el estruendo de un disparo rompió la noche. Pegué un bote, sentí como si, de repente, el hielo que envolvía mis nervios reventara en mil pedazos y tardé un segundo en comprender que no estaba herido. A mi izquierda, Alberto permanecía inmóvil, erguido, la boca abierta, tan abierta como el agujero que le taladraba la frente. Por fin se desplomó como un saco, un estremecimiento mecánico de sus músculos muertos, y el silencio.

-“Bueno muñeca”- la voz desagradable de “gominas”, esa imitación burda de Harry el Sucio, nos devolvió a la cruenta realidad, al vertedero mecánico abandonado a orillas de la Ría –“Hemos cumplido nuestra parte del trato. Ahora suelta la pipa y camina hacia aquí”-.

Miren abrió la mano, esa mano que no había temblado un ápice al asesinar a su novio, y el hierro cayó al suelo, un “cloc” seco que retumbó en mis sienes alocadas. ¡Así que era eso! Habían pactado mi fuga, habían interpretado una escena arrancada de vete a saber qué guión de serie B, para dejarme solo, para permitirme salir y buscar al cabronazo de mi hermano, buscar la mierda, o la pasta. Miren dio la vuelta. Ahora, más acostumbrado al haz luminoso que barría la noche y me impactaba de lleno, distinguía su perfil,

el cuerpo hacía años deseado, cubierto con la misma blusa transparente que con tanto placer había desabrochado “gominas”. Les había convencido. O tal vez ellos se dieran cuenta desde el principio de lo que nosotros no fuimos capaces tan siquiera de oler. Alberto nos la había jugado a los dos. Era absurdo intentar sacarle a ella su escondite. La única alternativa era confiar en lo que yo fuera capaz de hacer. La jugada era redonda. Y a cambio, había pedido ser ella quien le volara la tapa de los sesos. Seguía siendo una estúpida. ¿De verdad pensaba que ahora la iban a dejar ir, que limitarían a pillar la bolsa, meterme un tiro y desaparecer? Comenzó a moverse hacia ellos y entonces, por fin, comprendí que el único idiota en toda esta historia era yo. Porque al dar el primer paso, sin alterar un ápice el gesto de su caminar, dio un taconazo sutil a la pistola, que resbaló callada hasta mis pies. Silencio. Otra vez el silencio, las siluetas mal recortadas en la noche, el aire cálido derritiendo el hielo de mis arterias, el cadáver de mi hermano enfriándose deprisa sobre el polvo. Miren tropieza, cae al suelo, y entonces, iluminado por el Mercedes, solo me ven a mí, figura agazapada que apunta firme, directo, una sonrisa enloquecida en mis ojos triunfales. Dos tiros, dos movimientos fulminantes de mis dedos, y ambos ruedan ahogando una maldición entre sus dientes sucios de sangre y nicotina. Me incorporo. Ellos siguen tumbados, ligeros movimientos espasmódicos les sacuden. Me vuelvo a buscar la bolsa, el dinero aplastado por el cuerpo inerte de Alberto, y es entonces cuando, repentina, inesperada, Miren me arrebató el arma. Por un momento el hielo regresa para engancharme de los huevos, una garra gélida que aprieta y aprieta. Pero ella corre hacia el Mercedes, apoya el cañón en la sien de “gominas”, y le remata con tranquilidad. Después de hacer lo mismo con el otro, guarda la pipa en sus

pantalones, bien sujeta por el cinturón. Sentada en la carrocería del Mercedes, me observa con un destello feroz asomando hambriento a su mirada. Los pezones, intactos, erguidos, amenazan rasgar la transparencia de la blusa. Ahora, mientras arranco el buga y el poderío de este motor de lujo ronronea meloso bajo mis pies, ella reclina un poco el asiento, cierra los ojos y desabrocha otro botón de la camisa. Maniobro entre la chatarra, en busca de la salida, con la sensación cálida de haber encontrado, por fin, la lealtad de una compañera con quien surcar el océano y perderme en la densidad esmeralda de cualquier país desconocido.

Bueno. Como mínimo, hasta que consiga hacerme con la pistola.